

La última benganza

Lenin Rodríguez Peñate

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión por cualquier procedimiento o medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros medios, sin permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.»

© del texto: Lenin Rodríguez Peñate

© diseño de cubierta: Kivir ediciones

© de esta edición: Kivir ediciones



info@kivirediciones.es

www.kivirediciones.es

Impreso en España

Primera edición: abril 2021

ISBN: 978-84-123054-8-7

Nota del autor y agradecimientos

Bueno, pues aquí estamos. La verdad es que ha sido un viaje largo llegar hasta este punto. Comencé a escribir novelas de fantasía alrededor del año 2016, con solo quince años. Por aquellos tiempos, ni mis obras eran buenas, ni mi enfoque hacia ellas resultaba ser el más adecuado. Terminé dejando la escritura, creyendo que no valía para esto. Pero yo he nacido para contar historias.

Dos años después, volví a escribir. Decidí, sin embargo, cambiar todo lo que había rodeado a mis anteriores novelas. Construí en base a una serie de ideas simples los conceptos de siete universos distintos, pero entrelazados en un mismo multiverso. A este entramado, al multiverso que había creado, lo llamé por el nombre de Atherion. Todos los relatos y novelas que he escrito, desde marzo de 2018 hasta ahora, están ambientados en este macrocosmos.

Pero vayamos más despacio. En 2019, después de haber esbozado varios relatos situados en diferentes universos del Atherion, emprendí la aventura más ambiciosa que me había propuesto hasta la fecha: escribir (y más importante, finalizar) una novela. En concreto, esta que tienes en tus manos. Requirió de varios meses, pero al final alcancé mi objetivo. No era perfecta, ni siquiera era decente, pero ahí estaba, terminada. Mi primera novela.

Con el siguiente paso en mente, me preparé para corregir la obra antes de enviarla a alguna editorial y probar suerte. Contacté con Noa Velasco (@Noavelascosas en Twitter), al que le agradezco enormemente su trabajo como primer corrector de la novela, y entonces mandé el manuscrito a la editorial Kivir Ediciones. Y bueno, ha salido mejor de lo que nunca hubiera esperado.

Ahora que, por fin, se va a publicar *La última venganza*, quisiera agradecer el apoyo de todas las personas que han contribuido a hacer este sueño posible, empezando por mis padres, quienes me inculcaron el amor hacia los libros, y mi hermana, quien logró que los amara de nuevo en la adolescencia. También me gustaría reconocer la ayuda de mi grupo de escritura, los *Wordkeepers*, por la voluntad que han mostrado muchos de sus miembros para ayudarme con la novela. Toni, Raúl, Raquel, David, Monza, mil gracias.

Asimismo, aprecio enormemente la oportunidad que Kivir Ediciones me ha concedido al publicar esta historia, y le doy las gracias desde aquí a mi editor y al resto del equipo por su buen trato y su confianza total y completa en mí.

Por supuesto, no puedo olvidarme de mi querida Julia: mi mayor seguidora, la más avispada para enterarse de todas mis novedades literarias, la que siempre me pregunta por mis historias y personajes, la primera en leer muchas de mis obras. Gracias por todo lo que aportas a mi vida, y gracias por permanecer en ella cada día. Te quiero.

Y finalmente, gracias a ti, que tienes este libro en sus manos. Ojalá disfrutes tanto de esta historia como yo lo he hecho escribiéndola, pues ese es mi mayor (y más genuino) objetivo. Buena suerte en tu viaje. Te doy la bienvenida al Atherion.

Para mis padres, por haberme dado la vida
y haberme educado con cariño y comprensión.

Prólogo

Estuve a punto de poner fin a una guerra el día que fui asesinado. En mis manos se movía una pluma, incansable, que garabateaba palabras sobre una hoja en blanco. Había transcurrido mucho desde la última vez que atendí a mis funciones, era hora de recuperar el tiempo perdido.

Mi habitación estaba sumida en una oscuridad casi completa, solo iluminada por una vela que yo mismo había dispuesto en el escritorio donde me apoyaba. Detrás de mí, pegada a la esquina, se encontraba una cama que parecía esperar mi regreso nocturno. Cada noche, antes de perder la consciencia y sumergirme en el mundo de los sueños, pasaba cada minuto divagando. Me dedicaba a recordar líneas sueltas de alguna balada o algún poema que hubiese escuchado durante esa jornada, a jactarme de mis propios versos y a anhelar el día en el que recitaría mis canciones frente a un público amplio. Había noches, también, que acudía a mi lecho acompañado de alguna mujer bella con la que me revolcaba entre las sábanas de lino y yacía hasta la mañana siguiente. Con todo, nunca me dormía sin haberme regocijado antes en mis aspiraciones como bardo; unas aspiraciones poco dignas para un príncipe.

Pero aquella fatídica noche no estaba por esa labor. Después de tantos años, había llegado mi redención como hijo del rey de Dracnor. Una redención de valor nulo, pues pretendía arreglar un mal que yo mismo había ayudado a provocar.

Me encontraba a punto de terminar la carta. Esperaba de todo corazón que mi padre apreciase las palabras que había vertido en ella y que obrase con consecuente sabiduría.

Es irónico, ¿no? Después de toda una vida ausentándome de la corte y pasando noches enteras en tabernas y burdeles, y después de cometer múltiples errores diplomáticos y casi conducir a mi patria al desastre, jamás había recibido una recriminación por parte de mis hermanos o de mi padre; pero para cuando por fin me había carcomido lo suficiente la conciencia como para actuar acorde a mi posición, alguien se dignó a asesinarme.

No serán muchos quienes lloren mi pérdida, y sé que serán menos los que, en un futuro, me recuerden como algo más que un rico putañero con sueños grandilocuentes. Y no es de extrañar, me lo he ido granjeando desde mi adolescencia, desde el momento en el que decidí no enmendar mis fallos sino olvidarlos. Sin embargo, el mundo no olvida los errores de un príncipe.

Casi había terminado la carta. Me faltaba concluir con un cierre adecuado y cuñar la hoja para demostrar la veracidad de mi identidad como autor del manuscrito, pero ya había superado la parte más pesada.

Me disponía a realizar la primera de las dos tareas cuando sentí que algo rozaba mi garganta. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo, pero logré mantener la calma al fijarme que lo que había apoyado contra mi cuello era el filo de una daga.

Silencio. Todo era silencio en mi habitación. En un arrebato de valor insensato, traté de hablar con aquella persona que amenazaba mi vida, a la que no podía ver puesto que se encontraba a mis espaldas. Quería saber quién era, o al menos para quién trabajaba, pues suponía que no era su víctima por azar. Dije algo, o al menos lo pretendí, pero ningún sonido salió de mi boca. Probé de nuevo, y fracasé otra vez.

Silencio. Advertí con el rabillo del ojo que a mi agresor se le había caído un anillo al suelo, que acto seguido rodó hasta detenerse bajo mi escritorio. Parecía una alianza de boda, pero no pude asegurarme. Mi agresor, de hecho, ni siquiera cayó en la cuenta. El aro no había hecho ruido al chocar contra las tablas de madera.

Silencio. Me fijé en que aquella persona se había colado en la estancia con absoluta discreción. Había abierto la ventana, caminado hasta mí y colocado el filo de su hoja en mi cuello sin hacer el más mínimo sonido. Entonces lo entendí. Era un exomante.

El cuchillo se retiró de mi garganta. Se me saltaron unas lágrimas al percibir que el acero se alejaba de mi carne. Las piernas me fallaron y caí de rodillas al suelo. No entendía nada de lo sucedido, pero justo en ese instante creí que me había salvado. Creí que podría continuar la carta. Creí que podría finalizar la guerra que había contribuido a provocar. Pero entonces la punta de la daga me atravesó la espalda.

Mi agresor me tiró al suelo y me puso boca arriba. Dejó que nuestros ojos se encontraran en la casi completa oscuridad de la habitación. Las pupilas se me dilataron y escupí sangre. Me sentía fatigado, aletargado. Me estaba muriendo.

Levanté la mirada y descubrí algo familiar en el asesino. Vestía un traje largo, negro como la noche, bajo una capucha del mismo color que le cubría el pelo. Mas no llevaba nada que le tapase la cara, y en su tez pálida vi un rostro conocido.

Sé que quien vino a acabar con mi vida no leyó mi carta, y ni siquiera sé si se percatará de su existencia; de haberlo hecho, estoy seguro de que no me habría asesinado. Tengo la certeza de que esta persona y yo luchamos en realidad por un mismo motivo, a pesar de que nuestros destinos se hayan cruzado de forma tan fatídica. Este trágico malentendido condenará a toda Dracnor.

Con todo, quisiera pedir perdón a mi padre por decepcionarle, y por haberle demostrado en incontables ocasiones lo mal hijo y el pésimo príncipe que fui. Pido perdón a mi madre, por hacerle sufrir mis etapas más melancólicas y taciturnas. Gracias por tratar de ayudarme y comprenderme como nadie más se atrevió a hacerlo. Pido perdón a mis dos tíos, que trataron de educarme de la mejor manera posible. Pido perdón a mis dos hermanos, por haberles fallado y haberles negado la palabra a ambos por un tiempo, cuando mi desesperación había alcanzado su cota máxima. Espero que en el fondo supieran que los quería de corazón.

Pido perdón a Talissa, a Diana, a Reane, a Selene, a Lerusa y a Bireya. Gracias por quererme tanto a mí como a mi música. No he amado a nadie como a vosotras, así como nunca he yacido con mujeres más hermosas. Siempre tendréis una porción de mí, aunque sea una minúscula y fraudulenta.

Y, sobre todo, pido perdón a los súbditos de mi padre, a los habitantes de la Ciudad del Alba. He fallado como príncipe a esta nación y he colaborado de manera indirecta para sumiros a todos en una guerra que no os merecéis. Mi final es un paraíso en comparación con lo que os he hecho sufrir. A todos vosotros os deseo buena suerte de ahora en adelante. La necesitaréis.

I

La lluvia caía incesante sobre las calles pavimentadas de Dracnor, la bien llamada Ciudad del Alba. Dos personas se encontraban frente a la posada El Sol Durmiente: un hombre de pelo corto y castaño, ojos negros, mediana estatura y con una cicatriz pequeña por encima de la ceja izquierda; y una mujer, de piel más pálida, labios rosados y fornida. Junto a ellos descansaba sobre sus cuartos traseros un lobo adulto de pelaje blanco. Una vez el animal se hubo desperezado, los tres entraron a la taberna por la puerta principal, rebasando a una pareja de guardias que protegían la humilde posada. No había nadie en el piso bajo, ya que la noticia del asesinato del príncipe Cydar había corrido y, en consecuencia, se habían cancelado todas las actividades del local. Tanto los músicos como los clientes se dieron a la fuga. Nadie quería permanecer cerca del lugar de un crimen.

El tabernero que regentaba El Sol Durmiente se encontraba tras la barra. Estaba limpiando unas jarras con un paño mientras miraba hacia el suelo. Tenía las pupilas dilatadas. Su cabeza, monda de pelo, era bastante grande para un cuerpo tan diminuto como el suyo.

El único varón entre los recién llegados se acercó al posadero y este, que vestía con poco más que unos harapos sucios, levantó la mirada y analizó a los desconocidos. Sus ojos pasaron del hombre hacia la mujer, y después al animal, instante en el que se sobresaltó y ahogó un grito.

—¡Por los verdaderos dioses! —exclamó mientras palidecía del susto—. ¿Qué hace un lobo en mi local?

La mujer masculló en voz baja, también se lo preguntaba. El hombre, por el contrario, se mostró impertérrito.

—Se llama *Gélido* —explicó con voz neutra, grave, carente de emociones. Siempre hablaba así—. Podrías decir que es mi animal de compañía. Yo prefiero considerarlo como un viejo amigo. —Le tendió la mano al tabernero—. Soy el inspector jefe Roland de Dracnor, y ella es mi ayudante, Caren de Rocanegra. Hemos venido por el reporte del asesinato.

El tabernero correspondió el gesto a Roland y procedió a efectuar una especie de reverencia mal ejecutada.

—Mi nombre es Aras. Gracias por venir, maese inspector. Han sido unas horas horribles estas últimas. He tenido que evacuar la taberna de inmediato, y he perdido una enorme clientela. Aunque lo peor está por llegar. Esta humilde posada será fruto de todo tipo de rumores; la gente solo se acordará de ella por este horrible suceso. Tantos años de trabajo habrán sido en vano.

—Lo mejor sería que vendieses el local y rehicieses tu vida desde cero —dijo con brutal sinceridad el detective—, pero eso solo lo podrás decidir tú. En cualquier caso, tenemos mucho trabajo y el tiempo corre en nuestra contra. Sería de gran ayuda que nos mostrases la escena del crimen.

Aras accedió, no sin antes soltar un graznido. El consejo del detective Roland no era malo, pero sus formas no habían agradado lo más mínimo al tabernero. Parecía como si aquel hombre ignorara con cinismo los problemas ajenos. Caren sabía de su trastorno, pero no lo imaginaba tan avanzado. No en vano, era la primera vez que trabajaban juntos.

Ascendieron hasta la tercera planta, la más alta del edificio, y Aras guio a los recién llegados por unos sinuosos pasillos hacia una puerta de madera en concreto. Al lado colgaba una antorcha apagada que Caren de Rocanegra cogió. El tabernero metió la llave en la cerradura y abrió, dejando que los detectives y el lobo cruzaran el umbral.

El dormitorio estaba bien cuidado; tenía un armario a un lado que cubría la pared entera y varios estantes que colgaban en la opuesta. Había un ventanuco pequeño al fondo que estaba cerrado a cal y canto.

La estancia permanecía a oscuras. Aras encendió la única lámpara de la habitación, que se encontraba pegada a un escritorio, pero

tampoco iluminó demasiado. La primera impresión que se llevaron los inspectores no fue todo lo ominosa que se habían figurado, pero cuando Caren prendió su antorcha, se encontraron con una perspectiva mucho más atroz y perturbadora.

Un cuerpo yacía sobre un catre al fondo del dormitorio, inerte, pálido, muerto... El cadáver no parecía herido salvo por una única puñalada en la espalda. Si bien la escena no les resultó especialmente desagradable, Caren se sobresaltó un poco, mientras que Aras cerró los ojos y apretó los dientes con fuerza. No obstante, el inspector jefe Roland de Dracnor mantuvo la mirada firme. No era un hombre al que le asombrara la muerte; tampoco se veía afectado por ninguna emoción humana. A fin de cuentas, era un endomante.

Roland se acercó al fallecido e inspeccionó su rostro, que mostraba una expresión congelada de asombro. Los ojos del joven, marrones, brillaban aún muerto, y su nariz fina tenía un color amarillento. El inspector reconoció a la víctima al instante.

—Ya veo que el reporte no mentía. El príncipe Cydar —confirmó sin animosidad tras echarle ese rápido vistazo al cadáver—, asesinado en mitad de la noche. —Se giró y contempló al tabernero, que mantenía sus ojos cerrados—. ¿El fallecido estaba en esta posición cuando lo encontraste? —Aras asintió.

—¿Sabías que se hospedaba aquí el príncipe? —preguntó la detective Caren. Tenía una voz grave y seria, pero no tanto como la de su acompañante.

—¡Por supuesto! Todo el distrito sabe bien que nuestra taberna siempre fue su preferida. Venía casi todas las noches, y al comienzo de cada luna nos deleitaba con una de sus maravillosas actuaciones. ¡Cuánto las echaré de menos!

Caren apuntó la información en un pequeño cuaderno marrón que llevaba consigo. Cuando terminó, inspeccionó la habitación tras entregar la antorcha a Roland. Se agachó y escudriñó con la mano por debajo del armario, pero no había nada. Se levantó poco a poco y entornó la mirada hacia otro lado. Divisó un escritorio de madera barnizada al fondo de la estancia, pero algo le llamó aún más la atención.

—¡Jefe Roland! —exclamó—. Fíjate encima del escritorio. Hay un mensaje en la pared.

El inspector obedeció. Alzó la mano y apuntó con la antorcha hacia donde había señalado Caren. Vio unas manchas rojas expuestas sobre la pared de piedra. Entonces cayó en la cuenta de algo: las manchas eran letras. Letras que conformaban una sola palabra.

—«Traidor». —Leyó Roland sin levantar la voz.

Se acercó y tocó las manchas. Arañó la pared y después olisqueó su propio dedo.

—Es sangre seca —confirmó el detective.

—¿Del príncipe Cydar? —preguntó Caren, no sin cierto pudor.

—Sería lo más lógico.

Caren anotó la palabra de sangre en su libreta mientras el otro inspector continuaba registrando el dormitorio con la ayuda de la antorcha que portaba en sus manos. De pronto, el hombre bajó la mirada y rebuscó en el escritorio hasta que dio con una carta. La leyó para sí y entonces la agitó en el aire con suavidad.

—Esto sí que es interesante —afirmó mientras releía el texto.

—¿Qué ocurre, jefe?

—Acabo de encontrarme con una carta del príncipe Cydar. Es una misiva dirigida a su padre en la que le ruega poner fin a la guerra con Khat-Dur. Parece que no tuvo tiempo de terminarla. Me sorprende esta faceta pacifista en alguien de su dinastía —añadió con cierto cinismo—. ¿Tú la conocías, Aras?

El hombre se sobresaltó. Llevaba callado mucho tiempo, apartado de la escena del crimen mientras los detectives trabajaban. Notó su boca seca cuando respondió:

—Nunca hablé con él de esos temas. Siempre acababa desviando las conversaciones hacia la música o el teatro. Era como un niño que quería aislarse de la realidad.

—Una realidad que le oprimía —agregó Roland—. No obstante, al final terminó por obrar conforme a una persona de su posición.

—Quizá por eso ha sido asesinado —dijo Caren en ese preciso momento—. Tal vez alguien se enteró de las intenciones del príncipe y decidió actuar en consecuencia. Alguien que esté a favor de continuar con la guerra.

Roland sacudió la cabeza, decepcionado.

—No seas impetuosa. Así no conseguirás el ascenso que tanto anhelas. —Ella lo miró y arqueó las cejas, pero el hombre continuó—. Vamos, todos en el cuartel sabemos lo mucho que te molesta seguir siendo inspectora en prácticas. No te enfades. Tan solo es un consejo.

Caren masculló un improperio, pero no le ofreció una réplica a Roland. Ese hombre del que tanto había oído hablar, pero al que había conocido tan solo unas horas atrás, cuando fueron designados para investigar el supuesto asesinato del príncipe Cydar. Sabía leer el corazón de las personas, a pesar de que él pareciese tener uno de acero. En el cuartel general se comentaba que nunca sonreía ni se enfadaba, que nada le asqueaba ni le entristecía. Síntomas de su enfermedad, la aflicción del endomante.

Era una patología crónica. No existía cura ni había modo de revertir los síntomas. Solo se podía ralentizar el proceso, pero resultaba inútil para alguien con el trastorno tan avanzado como era el caso de Roland. Por ese motivo, Caren aguantaba a regañadientes la personalidad de su jefe.

A veces recordaba que aquella enfermedad surgía en respuesta al uso de las habilidades endománticas, unos poderes sobrenaturales con los que Roland contaba. Él había pagado el precio, y seguiría pagándolo hasta el último de sus días. ¿Estaría Caren dispuesta a lo mismo? La negativa era evidente.

Por su parte, el detective jefe prosiguió con su inspección por debajo del escritorio. Para su sorpresa, advirtió un objeto metálico de pequeño tamaño. Cuando lo cogió en sus manos se dio cuenta de que era un anillo. Una alianza de matrimonio, más bien.

—¿El príncipe Cydar estaba prometido? —interrogó Roland en voz alta.

—¡Ni por asomo! —exclamó el tabernero, sobresaltado por una pregunta que a sus oídos sonaba irrisoria—. Sus amores siempre eran fugaces, exceptuando el que siempre le profesó a la música.

—Entonces estamos ante una pista interesante.

Levantó la mano y enseñó la sortija a los presentes. Acto seguido, Roland le acercó el objeto al lobo blanco y dejó que lo olisqueara

durante unos segundos. A continuación, se lo entregó a Caren, que lo guardó en una bolsa de cuero.

—Chico, sigue este rastro, ¿quieres? —le susurró a *Gélido*. El lobo se removió un poco, olfateó el aire y entonces salió de la estancia.

Aras observó la escena con extrañeza.

—¿Volverá? —preguntó el tabernero, curioso, una vez *Gélido* se había marchado.

—Al cuartel general, sí —respondió Roland—. Siempre vuelve.

Aras no se atrevió a indagar cómo aquel hombre podía aseverar eso con tanta seguridad.

Varios minutos transcurrieron hasta que los detectives concluyeron la inspección. Roland se acercó al tabernero y le dio la mano, respetuoso, pero sin desprender ninguna emoción más allá.

—Gracias por atendernos —dijo él—. Llamaremos a los especialistas para que amortajen el cuerpo del príncipe como es debido y lo trasladen a palacio.

—Esperamos de corazón que tu clientela vuelva y que este incidente no afecte al negocio a largo plazo —añadió Caren con una sonrisa.

Aras asintió con amargura. Los acompañó a la salida y ahí se despidió de ellos con un gesto muy suave. Las palabras de Caren eran sinceras, pero al posadero le sonaron vacías. Sabía de buena fe que sería arduo levantarse tras un golpe como aquel...

A la noche siguiente, Caren y Roland recibieron una carta con la que fueron convocados al Quinto Círculo para asistir al funeral del príncipe Cydar. Aquella era la zona más rica de la ciudad y solo abarcaba la Ciudadela Blanca, que era la fortaleza real, y sus jardines. Un oficial de la guardia personal del rey Serethor los aguardaba en la entrada del denominado Quinto Anillo, la muralla que separaba esta región del resto de la ciudad. El militar vestía con orgullo una armadura dorada; estaba formada por decenas de pequeñas piezas escamadas, la mayoría de ellas útiles para ensamblar el peto con los ristres, las hombreras, el codal, el espaldar y otras tantas partes de la armadura. Sus grebas eran altas y finas, pulidas, pero poco brillantes dada la ausencia de sol. Sobre la cabeza, el oficial llevaba un yelmo

precioso, limpio y con el penacho acicalado. Tenía la visera levantada para recibir adecuadamente a los invitados.

Caren descubrió que la belleza que desprendía la armadura difería por completo de la apariencia del guardia. De piel oscura y arrugada, innumerables cicatrices le deformaban el rostro. Su nariz era afilada y prominente, y tenía los labios cortados. Tenía aspecto de ser un veterano cascado tras sobrevivir a innumerables batallas y escaramuzas. Con todo, parecía conservar una buena forma física. Lo más probable era que hubiese regresado del frente hacía poco. Si tenía suerte no volvería a ser llamado en, al menos, un año. Pero las guerras siempre son imprevisibles.

El guardia realizó una reverencia de lo más cortés cuando los avistó.

—Bienvenidos al Quinto Anillo. Si no estoy mal informado, vosotros debéis ser los inspectores Roland de Dracnor y Caren de Rocanegra. —Al ver que estos asentían y, a continuación, le mostraban las invitaciones que habían recibido, el militar sonrió—. Es todo un honor. Soy el comandante jefe de la Guardia Eterna, el cuerpo de defensa personal de Su Majestad, el rey Serethor de Dracnor. Mi nombre es Gainan Andarson. Habéis llegado en el momento más propicio. Acompañadme, por favor.

Entonces, se dio la vuelta y cruzó el umbral hacia el interior de la muralla de piedra. Los dos detectives lo siguieron durante varios minutos mientras atravesaban los jardines reales y rodeaban el castillo, cuyas torres se elevaban como finos pináculos hasta rascar las nubes grises del cielo. El guardia andaba con lentitud, pisando con fuerza y con su armadura resonando a cada paso que daba. Caren dedujo que no debía de ser cómodo llevar puesto un traje como aquel, pero se abstuvo de preguntar.

Por fin, tras bordear un estanque de forma rectangular en cuyo centro reposaba una escultura de mármol que representaba a Gwenyr, fundador de Dracnor, la pequeña comitiva alcanzó la parte trasera de la Ciudadela Blanca. Descendieron por unas escaleras y se adentraron en otro jardín de aspecto similar al anterior. Al momento de su llegada, los detectives percibieron un aura extraña en el lugar, como una energía que les henchía de plenitud hasta rozarles el alma. A Roland no

le agradó la sensación en un principio, pero se dejó llevar conforme siguió caminando. Y entonces entraron en el camposanto.

Muchos eran los asistentes de aquel funeral. Caren contó más de un centenar antes incluso de que diese comienzo la ceremonia. Se habían presentado acaudalados barones, marqueses y condes, al igual que diplomáticos de varias naciones que en aquel momento residían en la Ciudad del Alba. Por eso mismo a Roland y a Caren les resultó imposible mezclarse con el resto de invitados. Apenas conocían a alguno de los presentes, y tampoco nadie se acercó a ellos durante el entierro. Nadie, excepto el hermano del rey Serethor, el infante Delenor.

Él se presentó ante los detectives justo antes de que el cuerpo de Cydar llegase al cementerio. Tenía un porte regio a pesar de la expresión triste que mostraba. Vestía un traje de tono oscuro que lucía como un uniforme militar. Su pelo estaba recortado y era negro y brillante; sus labios, rosados. Tenía los ojos grandes y pardos, y una barba rasurada se asomaba a la altura del mentón y se extendía hasta las patillas del cabello. Además, poseía unos rasgos finos en la nariz y en las cejas que se daban un aire a los de su fallecido sobrino.

—Sed bienvenidos a palacio —dijo con voz cálida y embelesadora—. Lamento conoceros en estas ominosas circunstancias, pero siempre es un placer entablar nuevas amistades. Soy el infante Delenor, general de las fuerzas de defensa de la ciudad.

Gainan se inclinó al momento, y Caren y Roland lo imitaron.

—Son las personas que investigan el asesinato de vuestro sobrino, mi señor —explicó Gainan Andarson—. El inspector jefe Roland de Dracnor y su ayudante, Caren de Rocanegra.

El infante Delenor sonrió satisfecho.

—Mi hermano os atenderá de buen grado tras el funeral.

El monarca se encontraba hablando con una serie de diplomáticos que habían acudido a la ceremonia para presentar el pésame. Roland advirtió la ausencia de Orasses Ahem, el embajador de Khat-Dur en Dracnor. A pesar de la guerra entre ambas naciones, algunos diplomáticos se mantenían en territorio enemigo en pos de abogar por la paz, o eso se decía... Había quien pensaba que, en